



HAL
open science

Celtas en Asia Menor. Los galatas en pie guerra

Luc Baray

► **To cite this version:**

Luc Baray. Celtas en Asia Menor. Los galatas en pie guerra. Desperta Ferro: Especiales, 2023, Enemigos de Roma (I). Los celtas, XXXVII, pp.66-72. hal-04386094

HAL Id: hal-04386094

<https://hal.science/hal-04386094>

Submitted on 11 Jan 2024

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Celtas en Asia Menor

Los gálatas en pie de guerra

Luc Baray – Centre national de recherche scientifique

APARECIDO POR PRIMERA VEZ EN 279 A. C. EN LA DEDICATORIA DEL ESCUDO OFRECIDO A ZEUS ELEUTHERIOS POR LOS PADRES DEL JOVEN CYDIAS, QUE MURIÓ EN LAS TERMÓPILAS, LUCHANDO CONTRA LAS TROPAS DE BRENO, EL TÉRMINO GÁLATA (ΓΑΛΑΤΗΣ) SE REFIERE A LOS CELTAS QUE INVADIERON, A PARTIR DE 280 A. C., TRACIA, MACEDONIA Y GRECIA Y, POSTERIORMENTE, DESDE EL INVIERNO DE 278-277 A. C., PARTE DE ASIA MENOR. ORIGINARIAS DEL CURSO MEDIO DEL DANUBIO, ESTAS POBLACIONES PERTENECÍAN AL VASTO CONJUNTO CULTURAL QUE ENTONCES CUBRÍA LA MAYOR PARTE DE EUROPA CENTROCCIDENTAL Y DEL NORTE DE ITALIA, Y QUE VENIMOS DENOMINANDO LA CÉLTICA.

Las razones que empujaron a los gálatas a atacar las posesiones de sus vecinos del sureste se encuentran –como las que estuvieron en el origen de la invasión del norte de Italia, a principios del siglo IV a. C.– en la convergencia de problemas internos del mundo celta; a saber, la presión demográfica, los problemas políticos o los mecanismos de asignación de tierras y su explotación. Todos estos elementos estructurales se combinaron entre sí a principios del siglo III a. C. para empujar a todas o parte de algunas comunidades celtas de Europa oriental a conquistar nuevas tierras donde poder establecerse permanentemente (véase “La época de las grandes migraciones. La expansión de los celtas” en *Arqueología e Historia* n.º 49).

Dependiendo de la época, entre 298 a. C. –primer intento de invadir Macedonia– y 166 a. C. –cuando el Senado romano garantizó la autonomía de Galacia, tras su derrota a manos de Eumenes II Sóter, rey de Pérgamo–, la naturaleza de las guerras libradas por los gálatas no siempre fue la misma. Aparte de las contiendas en las que algunos de ellos participaron como mercenarios –que no se abordarán en este artículo–, los gálatas lucharon en dos tipos principales de conflictos militares: guerras de conquista y de saqueo. Sin embargo, no son mutuamente excluyentes. Si durante la guerra de conquista el botín tiene a menudo un peso importante, a veces hasta el punto de desdibujar nuestra percepción de los verdaderos objetivos estratégicos, no ocurre lo mismo con la de saqueo, que permanece estrictamente limitada al pillaje de la riqueza del enemigo.

LAS INVASIONES DE PRINCIPIOS DEL SIGLO III A. C.

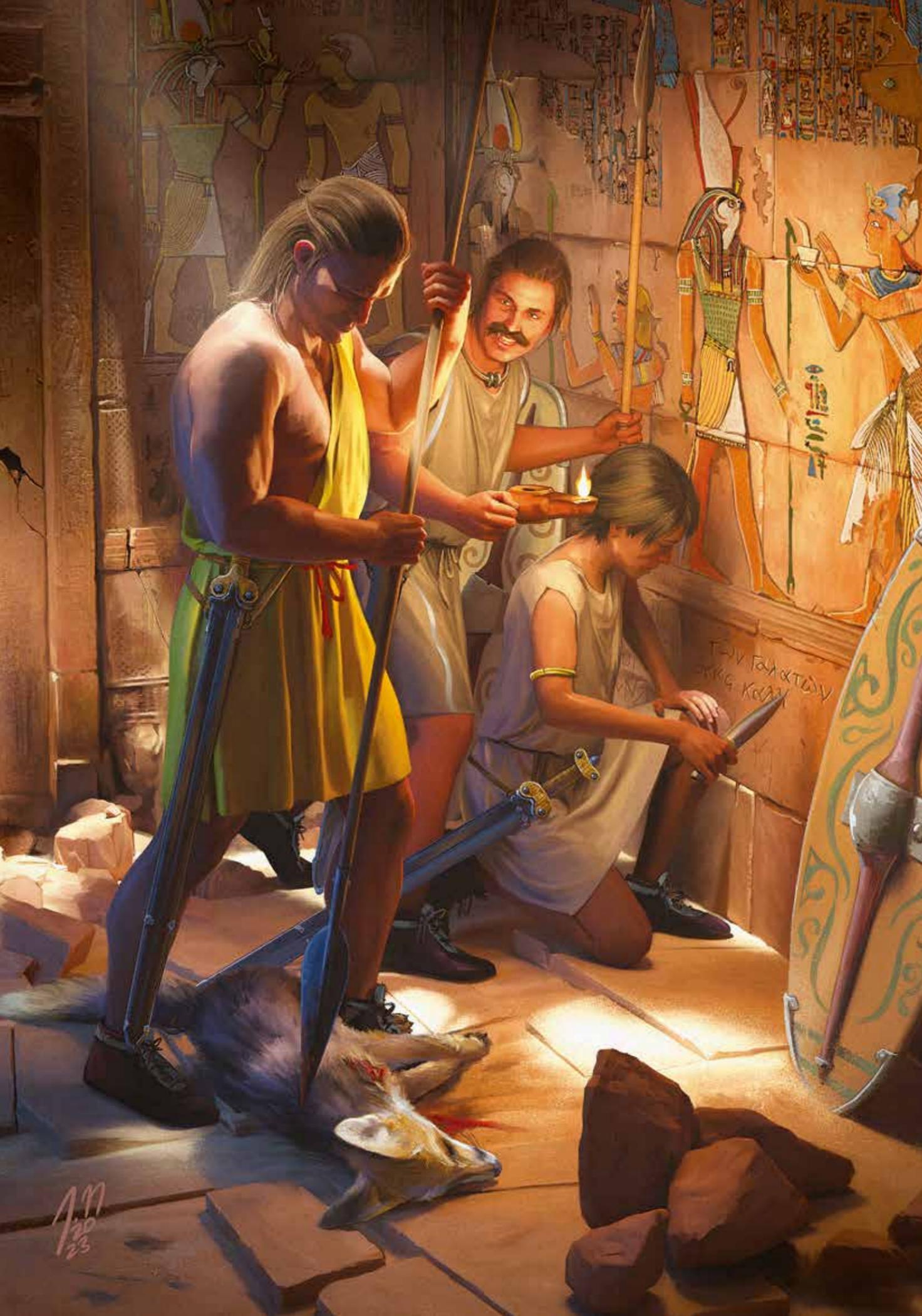
Una cuidadosa relectura de las fuentes literarias muestra claramente que las motivaciones que empujaron a los celtas a atacar Tracia, Macedonia y Grecia a principios del siglo III a. C. fueron en parte el botín y en menor medida la conquista.

En primer lugar, estuvieron quienes volvieron sobre sus pasos, cargados con los despojos de sus correrías, como fue

el caso de Bolgios (280 a. C.), que atacó a macedonios e ilirios, o quienes fueron derrotados, como Breno en su vano intento de hacerse con los tesoros del santuario de Delfos en 279 a. C. (véase “Brenno y el ataque a Delfos del 279 a. C.” en *Desperta Ferro Antigua y Medieval* n.º 2). Es innegable que ambos libraron una guerra por el botín. Según Pausanias (*Descripción de Grecia*, X.19.5), los líderes de la expedición de 280 a. C. eran los mismos que habían seguido a Cambaules durante su intento de invasión de Macedonia en 298 a. C. y estaban acostumbrados a vivir de la rapiña y el bandolerismo. De hecho, Breno consiguió movilizar a sus compatriotas mostrándoles la inmensa riqueza de monedas de oro y plata que contenían los templos griegos, y que, supuestamente, serían presa del vencedor. La esperanza de un saqueo fácil le permitió levantar un enorme ejército de más de 152 000 infantes y 61 200 jinetes. Más allá de las exageraciones literarias habituales, destinadas a mejorar, mediante un efecto espejo invertido, la valentía de aquellos que lograron confrontar victoriosamente a semejante enemigo, estas cifras atestiguan hasta qué punto la codicia era un poderoso estímulo que podía ser explotado por un líder para reclutar tropas de cara a una expedición militar.

Además de apoderarse de la riqueza de los enemigos derrotados, los celtas también podían pedir tributos y rescates a sus vecinos para evitar la devastación y las desgracias de la guerra. Esto es lo que Bolgios quería hacer, según Pompeyo Trogo: “Así pues los galos, mandados por Belgio, envían una embajada a Tolomeo para tantear el ánimo de los macedonios, ofreciéndole la paz si quiere comprarla. Pero Tolomeo, jactándose entre los suyos, dijo que los galos pedían la paz por miedo a la guerra [...]”. Unos días más tarde, comenzó la batalla y los macedonios derrotados fueron “vencidos y aniquilados”, lo que permitió a los gálatas devastar y saquear parte de su territorio con impunidad... Y la cabeza de Tolomeo acabó, además, sobre una lanza gala (Justino, *Epítome de las Historias “Filípicas” de Pompeyo Trogo*, XXIV.5.2-3 y 5-7; trad. J. Castro Sánchez, Gredos, 1995).

◀ El registro epigráfico y arqueológico constata la presencia de familias GÁLATAS viviendo en Egipto al menos desde tiempos de Ptolomeo IV Filopátor (r. 222-205 a. C.). El sucesor de este, Ptolomeo V Epifanes (r. 205-180 a. C.), contrató a un grupo de mercenarios gálatas para participar en una campaña que pretendía sofocar una rebelión en el Alto Egipto. Es probable que en aquel momento, seguramente durante los largos meses que duró el asedio de Abydos de 186-185 a. C., algunos de estos mercenarios rondaran las ruinas del vecino templo funerario de Seti I, cuyas paredes aún aparecían repletas de relieves pintados que daban testimonio de un pasado remoto. Allí, en la esquina noroccidental de la capilla de Horus y bajo la luz apagada de un techo semiderruido tras un abandono de más de mil años, grabaron en correctísimo griego un curioso GRAFITO que daba fe de su paso: “Thaos, Callistratos, Accannon, Apolonio, de los gálatas, vinieron aquí y atraparon un zorro”. No está del todo claro si los nombres corresponderían a cuatro personas o bien solo a dos con sus sobrenombres griegos, pero en cualquier caso la inscripción sí hace clara referencia a otro protagonista que también quedó inmortalizado en el epígrafe: un zorro de Rüppell, al que vemos alanceado por uno de los guerreros en esta ilustración de reconstrucción. Probablemente el animal fue perseguido por los corredores del templo hasta ser acorralado en la capilla donde se inscribió el grafito. © JAREK NOCON



En su relato del ataque de Breno a Grecia, Pausanias y Pompeyo Trogo insisten repetidamente en el saqueo sistemático de campos y ciudades a manos de los celtas, y en la riqueza que acumularon rápidamente. Al igual que el ejército de Cambaules, que atacó Tracia en 298 a. C., los de Ceretrio, Breno y Acicorio, y Bolgios, que atacaron respectivamente el país de los tribalos y tracios, Peonia, Iliria y Macedonia, en 280 a. C., y luego el de Breno en Grecia en 279 a. C., no tuvieron más objetivos que saquear la región y regresar a casa. Breno dejó atrás a unos dieciocho mil hombres encargados de defender las fronteras, dejando claro que tenía la intención de hacer una incursión rápida en Grecia y luego regresar a orillas del Danubio. Esto es lo que hicieron varios de sus compañeros después del desastre en Delfos. Ningún autor antiguo alude a intentos de colonización. Bolgio no reclamó tierras a Tolomeo Keraunos, sino tributo. De la misma manera, Comontorio, uno de los comandantes de la expedición de Breno contra Delfos, y luego quienes le sucedieron al frente del reino de Tylis, fundado en 279 a. C., no buscaban ocupar toda Tracia, sino aprovechar su posición de fuerza para extorsionar a Bizancio, su vecino.

Por lo tanto, más que una migración clásica, inducida por la superpoblación, las invasiones de 280 y 279 a. C. deben interpretarse como el resultado de una vasta y concertada empresa militar que aprovechó el colapso del imperio de Alejandro para desencadenarse en toda su magnitud y vigor (véase “El agotamiento de Macedonia” en *Desperta Ferro Antigua y Medieval* n.º 9). Se trata, sin duda, de la fase de explotación de las regiones periféricas, una vez superada la de control y explotación de los territorios danubianos conquistados durante la primera expansión celta en Europa oriental, a principios del siglo IV a. C. Esto es lo que Pompeyo Trogo nos transmite en esencia. La segunda fase de los años 280-279 a. C. fue, pues, una continuación lógica del fenómeno expansionista iniciado a principios del siglo anterior. Temporalmente bloqueado por Alejandro, con quien los celtas concluyeron un pacto de amistad y no agresión en 335 a. C., la explotación de la periferia pudo comenzar finalmente. No hay nada en el modo de

proceder de los celtas que haga pensar que esta segunda fase de expansión fue únicamente el resultado de una disfunción interna, como pudo ser el caso a principios del siglo IV a. C. Al contrario, esta segunda fase parece ser, en gran medida, la lógica continuación de un programa de expansión temporalmente interrumpido.

Las tropas de Leonorio y Lutario, que formaban parte del gran ejército de Breno, después de enriquecerse a expensas de las poblaciones que encontraron durante su peregrinación por Macedonia y Tracia, continuaron su viaje, en busca de nuevas tierras. Se separaron del ejército principal una vez que llegaron al territorio de los dár-danos, a causa de desacuerdos con el ejército principal. Mientras Breno, a la cabeza del grueso de sus tropas, se dirigía al sur, hacia Grecia, estos marcharon hacia el este. Su objetivo no era solo saquear Tracia o exigir el pago de tributos a las ciudades subyugadas y, especialmente, a la más poderosa de todas, Bizancio. Por encima de todo buscaban un nuevo lugar donde establecerse. Así, podemos suponer que fue a causa de sus diferentes objetivos que se separaron de la hueste principal de Breno. Memnón (*Fragmentos de la Historia de Heraclea*, 434 Fr. 8) y Pompeyo Trogo (Just., *Epit.* 24.4) nos informan de hambrunas que habrían empujado a los celtas a emigrar. Livio (XXXVIII.16) es más circunspecto, pues no escoge entre la búsqueda de tierras y el anhelo de botín, sino que toma ambas opciones como posibilidades. El hecho es que la instalación del cuerpo de ejército de Leonorio y Lutario en Asia Menor no parece haber resultado únicamente de las cláusulas del tratado de alianza firmado con Nicomedes I, que preveía ofrecerles tierras a cambio de su ayuda militar para ayudarle a conquistar el trono de Bitinia. Por lo que nos dice Livio, podemos pensar que incluso sin esta interesante oferta, estos hombres habrían intentado

todo para pasar a Asia. A diferencia de los otros contingentes que componían el ejército de Breno, este grupo había abandonado su tierra natal para no regresar, llevándose a sus esposas e hijos con ellos. No pretendían dedicarse al pillaje para luego volver a casa, como las tropas de Breno pensaban que harían. Tenían que encontrar un territorio a toda costa en el que establecerse. No tenían otra opción. Por lo tanto, no fue la búsqueda de nuevas tierras que saquear lo que les impulsó, principalmente, a cruzar el Helesponto, sino la seguridad de encontrar en Asia Menor un país acogedor en el que establecerse.

La disensión que estalló entre Breno, por un lado, y Leonorio y Lutario, por el otro, probablemente atestigua la existencia, dentro del cuerpo de ejército que participó en este vasto movimiento de población de principios del siglo III a. C., de motivaciones diferentes, incluso opuestas, en cuanto a sus objetivos finales. Hay pocas dudas de que si todos estos líderes –por ejemplo, los que cruzaron el Helesponto eran dieciséis según Memnón (*FGrH* 434 F11.3-6)– congregaron sus fuerzas fue para aumentar sus capacidades militares y poder derrotar a sus enemigos más fácilmente “[...] persuadidos de que ninguno de los pueblos por donde iban a pasar estaba a su nivel con las armas” (Liv. XXXVIII.16.1; trad. J. A. Villar Vidal, Gredos, 1993). El hecho de que se unieran no significaba que compartieran los mismos objetivos. Esto explica por qué se separaron tan rápidamente para seguir diferentes rutas.

LOS GÁLATAS EN ASIA MENOR

Fue al final de sus primeros enfrentamientos militares junto a Nicomedes I de Bitinia, durante el año 277/276 a. C., cuando los tolistobogios/tolistosages, los tectosages y los

▼ **ESCULTURA DE MÁRMOL** de época de Trajano o Adriano (ca. 98-138 d. C.), copia de un original pergameno de los siglos III-II a. C. de bronce, hoy desaparecido. La figura representa a un **AGONIZANTE GUERRERO GÁLATA** herido en combate, completamente desnudo salvo por un casco de tipo helenístico, que sostiene mediante un barboquejo, en tanto luce el mostacho con el que el arte grecorromano suele caracterizar a los celtas en muchas de sus representaciones. La presencia del citado casco constituye una nota de cierto realismo –reflejo de la adopción de elementos de la panoplia helenística del momento por parte de los gálatas, desde el mismo momento de su llegada a Anatolia– en una escultura que, por lo demás, constituye un buen ejemplo de los estereotipos con los que el arte clásico solía caracterizar a los celtas de todo origen –como lo son la desnudez y el ya citado bigote, entre otros elementos–. Su aspecto y disposición recuerdan, así mismo, a las del archiconocido gálata herido, escultura también de mármol y copia, a su vez, de otro original de bronce, que, como esta misma pieza, también decoró en su momento el gran complejo triunfal erigido por orden de Atalo I de Pérgamo (reg. 241-197 a. C.) en esta misma ciudad. Museo Archeologico Nazionale di Napoli (Italia). © HARTMANN LINGE

trocmios –las tres comunidades que pasaron el Helesponto bajo el mando de Leonorio y Lutario– comenzaron a devastar las regiones cercanas a Bitinia (Tróade, Eólida, Jonia, Lidia, Frigia y Licia). Livio informa de las consecuencias políticas de su llegada y asentamiento en Asia Menor: “Partiendo de Bitinia se adentraron en Asia. De los veinte mil hombres estaban armados no más de diez mil. Sin embargo, provocaron tal movimiento de pánico entre todos los pueblos que habitan a este lado del Tauro que se sometieron los que eran invadidos y los que no, los más alejados igual que los vecinos” (XXXVIII.16.9-11). Asia Menor, sin duda, debió de parecerles un vasto coto de caza, incursión de la que esperaban obtener abundante riqueza. Cometieron terribles depredaciones contra muchas ciudades (Cícico, Troya, Pitania, Eritrea, Éfeso, Priene, Mileto, Temisonion, Kelainai, Dídimo...) e impusieron su dominio militar en gran parte de Asia Menor. Luego dividieron los territorios concedidos por Nicomedes I de Bitinia de acuerdo con los términos de la alianza concluida en el invierno de 278/277 a. C., por Antíoco I –después de la victoria que este último obtuvo contra ellos en 269/268 a. C. en la famosa batalla de los elefantes, que le habría valido su título de Sóter (“salvador”)– y por Mitrídates I

del Ponto –antes de su muerte en 266 a. C.–. Según Livio (XXXVIII.16.11-13), los trocmios tomaron posesión de la orilla del Helesponto, los tolistobogios, de Eólida y Jonia, y los tectosages, del interior. Establecieron su asentamiento principal a orillas del río Halys (moderno Kizilirmak). Todas estas regiones devinieron más tarde en Galacia.

Aunque Livio informa que su poder era tal en el momento de su instalación que toda Asia más acá del Tauro les pagó tributo, es necesario matizar sus comentarios, porque parece obvio que su poder, probablemente, había disminuido



Celtas en Asia

278-185 a. C.



© Desperta Ferro Ediciones
www.despertaferro-ediciones.com

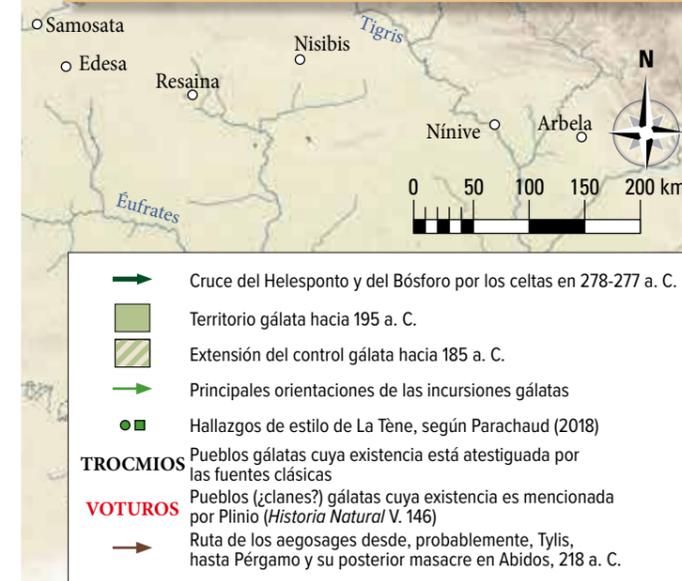
mucho debido a los conflictos que sostuvieron para imponerse militarmente sobre aquellos de sus vecinos reacios a acogerlos. Aislados en territorios escasamente poblados y pobres, imposibilitados de seguir apoyándose en la dinámica creada originalmente por la gran movilización de 280 a. C., los gálatas tuvieron que reconsiderar sus relaciones y tratar de integrarse en el sistema político regional, para ser reconocidos como un Estado independiente por derecho propio y respetado como tal. El tiempo de las incursiones había terminado definitivamente y se abría el momento de las alianzas políticas y militares. Gracias a estos tratados se convirtieron en parte integral de la geopolítica de Asia Menor. Los gálatas no tardaron en imponerse por su audacia y valentía en la batalla, pero también supieron ganarse la confianza de la mayoría de las dinastías helenísticas que gobernaban Asia Menor, junto a las que lucharon como aliados en varias ocasiones a lo largo del

siglo III a. C., hasta su sometimiento a la soberanía pergamena en el 166 a. C.

Las operaciones militares que llevaron a cabo desde su instalación fueron ahora verdaderas guerras con objetivos estratégicos definidos, siendo el principal de ellos asegurar su territorio contra posibles intentos de invasión por parte de Estados vecinos, de conformidad con su proyecto inicial de encontrar un espacio en el que establecerse y prosperar permanentemente. Esto explica por qué los conflictos que libraron en la década de 270 a. C. fueron sobre todo de conquista, y no solo incursiones, contrariamente a la *communis opinio* sostenida sobre una lectura acrítica de las fuentes literarias antiguas.

Los gálatas, en calidad de aliados o enemigos, desempeñaron un papel decisivo en la mayoría de los conflictos entre las dinastías gobernantes o en las guerras de sucesión de la región. Las fuentes antiguas, por otro lado, son mucho más

Los gálatas en Anatolia. Establecimiento y evolución. Tras escindirse del contingente de Breno, los gálatas de Leonorio y Lutario marchan a Tracia. En 278 a. C. Llegan a un acuerdo con Nicomedes I de Bitinia y pasan a Asia, donde, tras servir al soberano bitinio, en 277 a. C. las tribus gálatas se reparten el territorio en zonas de actuación y asentamiento: los trocmios operarán en la zona del Helesponto, los tectosages en el interior de Asia y los tolistobogios en Eólida y Jonia. Derrotados por el seleúcida Antíoco I en 269/268 a. C. en la llamada batalla de los elefantes, el desgaste de sus fuerzas, les obliga a integrarse en el orden geopolítico de Asia Menor en forma de una confederación estructurada según un elaborado sistema de gobierno (Estrabón, *Geografía* XII.5) que, por sus características marcadamente celtas, probablemente vino con ellos desde el Danubio. Los gálatas intervienen así en diversos conflictos de la región en calidad de potencia de primer orden. Atalo I de Pérgamo se enfrenta a ellos y les derrota en la batalla del río Caicos (241 a. C.). En 218 a. C., otra tribu celta, los aegosages, cruza el Helesponto llamada por Atalo I para emplearlos como mercenarios. Tras amotinarse por un eclipse solar, ponen sitio a Ilión y son derrotados por Prusias I de Bitinia, que los extermina. El pulso de Pérgamo con los gálatas se prolonga con los sucesores de Atalo I, hasta implicar la intervención de Roma que, aliada con Pérgamo, les inflige un revés decisivo en el monte Olimpo (189 a. C.). La masacre perpetrada a traición por Mitridates VI del Ponto entre la aristocracia gálata (86 a. C.) fuerza, a su vez, la paulatina concentración del poder en unas pocas familias, hasta desembocar en una verdadera monarquía en tiempos de Deiotaro (120-41 a. C.), tetrarca de los tolistobogios. Integrado formalmente en la órbita romana desde tiempos de Pompeyo el Grande, el ahora reino de Galacia se verá implicado en las guerras civiles del final de la República, hasta ser incorporado por Augusto como provincia en 25 a. C.



- Cruce del Helesponto y del Bósforo por los celtas en 278-277 a. C.
- Territorio gálata hacia 195 a. C.
- Extensión del control gálata hacia 185 a. C.
- Principales orientaciones de las incursiones gálatas
- Hallazgos de estilo de La Tène, según Parachaud (2018)
- TROCMIOS** Pueblos gálatas cuya existencia está atestiguada por las fuentes clásicas
- VOTUROS** Pueblos (¿clanes?) gálatas cuya existencia es mencionada por Plinio (*Historia Natural* V. 146)
- Ruta de los aegosages desde, probablemente, Tylis, hasta Pérgamo y su posterior masacre en Abidos, 218 a. C.

parcas al abordar las hostilidades que llevaron a cabo por cuenta propia. Por ejemplo, el ataque que los tectosages lanzaron contra el reino del Ponto tras la muerte de Ariobarzanes, hijo y heredero de Mitridates I (250 a. C.), o la batalla que los tolistobogios libraron alrededor de 241/240 a. C. contra Atalo I, rey de Pérgamo, cerca de las fuentes del río Caicos, no lejos de la citada urbe.

Los gálatas adoptaron actitudes diferentes ante las distintas dinastías que gobernaron Macedonia y Asia Menor. Si bien fueron aliados incondicionales del reino de Bitinia –al que apoyaron en 277 y 250 a. C. en sendas guerras de sucesión al trono– y del Imperio seléucida –los tolistobogios y tectosages lucharon junto a Antíoco Hierax en la batalla de Afrosisión (ca. 230 a. C.) contra Atalo I de Pérgamo, en tanto respaldaron a Antíoco III el Grande en las batallas de Apolonia (220 a. C.) contra Molón, Rafia (217 a. C.) contra Tolomeo IV, y Magne-

sia de Sipilo (190/189 a. C.) contra Lucio Cornelio Escipión Asiático y Eumenes II de Pérgamo–, adoptaron una actitud agresiva frente a los atálidas, que además abogaban por la defensa del helenismo frente a la barbarie que supuestamente encarnaban los gálatas. Por esta razón, estos solo concluyeron un tratado de alianza con Pérgamo en 261 a. C., bajo el reinado de Eumenes I.

Los tectosages concluyeron una alianza con Mitridates I del Ponto y su hijo, Ariobarzanes, junto a quien combatieron victoriosamente alrededor de 274/272 a. C. contra las fuerzas navales de Tolomeo II. A pesar de ello, las relaciones con Ariobarzanes se agriaron poco antes de su muerte (ca. 250 a. C.), hasta el punto de que los gálatas sitiaron Amisos, a orillas del mar Negro, la ciudad donde residía Mitridates II, el hijo menor de Ariobarzanes. Durante esta campaña también atacaron Heraclea del Ponto, por haber enviado ayuda a la ciudad sitiada, y saquearon su territorio en represalia. Finalmente, los pónticos hubieron de pagar tributo para que los gálatas aceptaran abandonar la región. Sin embargo, esta ruptura fue de corta duración, ya que en 240/239 a. C., Mitridates II, Antíoco Hierax y los gálatas lucharon juntos en la batalla de Ancira contra Seleuco II, pretendiente al trono de Siria. Durante la guerra que Farnaces I, coronado rey del Ponto alrededor de 183 a. C., emprendió contra Eumenes II de Pérgamo, los gálatas –probablemente tolistobogios–, lucharon también a su lado. Según Polibio (XXV.2), Farnaces concluyó tratados de alianza en 181 a. C. con los gálatas, aunque se duda si se sumaron a ellos los tectosages.

Aunque los gálatas a veces exigían tributo a muchas ciudades de Asia Menor, sobre todo durante sus primeros años de asentamiento, Livio nos cuenta que solicitaron pagos también a las dinastías helenísticas: “Y era tal el terror que inspiraba su nombre, pues además, al ser tan prolíficos, su número iba en aumento, que al final ni siquiera los reyes de Siria se negaron a pagar tributo. El primero en negarse de todos cuantos habitan en Asia fue Atalo [de Pérgamo], el padre del rey Eumenes” (XXXVIII.16.13-15). La actitud de Atalo I fue causa de una guerra de diez años contra los gálatas (240-230 a. C., aproximadamente). Tras su victoria sobre los gálatas, en la cabecera del río Caicos, el soberano pergameno se intituló rey y asumió la epiclesis de Sóter (“salvador”). Desde este primer conflicto hasta su muerte en 197 a. C., Atalo libró una encarnizada y constante lucha contra este pueblo celta. Su sucesor en el trono de Pérgamo, su hijo mayor, Eumenes II Sóter, continuó su política exterior, enfrentándose a ellos, bien como aliados de Antíoco III, de Prusias II de Bitinia –conflicto que se extendió de 187 a 185 a. C.– o de Farnaces I (183-182 y 180 a. C.), bien en solitario y como pueblo soberano, liderados por Ortiagón y Gaudotos (189 a. C.) –en las batallas del monte Olimpo y del monte Magaba, libradas por los gálatas contra el cónsul Cneo Manlio Vulso y Eumenes II– o Solovetio (168-166 a. C.).

CONCLUSIÓN

Independientemente de las vicisitudes de su asentamiento en Asia Menor y de las guerras que tuvieron que librar, los gálatas se adecuaron muy pronto al nuevo tablero político regional. En cuanto se afianzaron en Asia, fueron considerados socios a tener en cuenta. De indeseables de los que había que deshacerse cuanto antes, se convirtieron rápidamente en aliados potenciales en las luchas entre los reinos helenísticos. Gracias a su



▲ Relieve procedente del **SANTUARIO DE ATENEA DE PÉRGAMO** (siglo II a. C.) que representa parte de los **SPOLIA TOMADOS AL EJÉRCITO GÁLATA** por parte de las fuerzas pergamenas del rey Atalo I en la batalla del río Caico (241 a. C.), durante sus campañas contra esta confederación celta asentada en Asia Menor en los siglos III-I a. C. Encontramos, en primer plano, un escudo tipo *aspis* hoplítico y, detrás, un *scutum* de tipo celta con *spina* y umbo de aletas ojivales (La Tène C1). Resultan igualmente visibles un casco con penacho, una espada de hoja larga de clara factura lateniense, así como un barroco estandarte de floridos motivos y decoración. Oculta en su mayor parte por los escudos, entrevemos un *linothorax*, en este caso una pieza de panoplia defensiva característicamente helena que, junto con el *aspis*, deja traslucir la variada mezcla de influencias del armamento gálata del periodo. Las características generales de esta panoplia permiten datarla hacia los años 250-225 a. C., es decir, casi sesenta años antes de la fecha de factura del monumento, lo que significa que, muy probablemente, los artistas se inspiraron piezas reales tomadas a los vencidos en la citada batalla. Los gálatas constituyen, además, el ejemplo mejor conocido de confederación de pueblos celtas, donde cada una de las tres tribus que la integraban –trocmios, tolistobogios y tectosages– estaban divididas en cuatro tetrarquías dotadas de magistrados propios –un tetrarca, un juez y mandos militares–. Disponían, así mismo, de una institución confederal colectiva, el consejo de los doce tetrarcas, que oficiaba sus reuniones en un lugar llamado Drunemeton –un bosque sagrado, dada la etimología del mismo–. Staatliche Museen zu Berlin.

posición geoestratégica en el corazón de la meseta de Anatolia, entre los reinos de Capadocia, Ponto, Bitinia y Pérgamo, se convirtieron en árbitros clave en los conflictos dinásticos por la ocupación y el control de Asia Menor.

El papel de los Estados gálatas en todos estos acontecimientos es, sin embargo, difícil de discernir, ya que las escasas fuentes existentes nunca hacen referencia a su propia historia. El hecho de que los ejércitos gálatas que lucharon junto a los helenos fueran considerados en general tropas mercenarias no ayuda a comprender los acontecimientos, y menos aún a apreciar el legítimo papel que desempeñaron en la política internacional. Como cualquier Estado independiente, estaban deseosos de defender su soberanía política, su territorio y sus recursos, y si fuera necesario, de intentar incrementarlos mediante la guerra o los tratados de alianza. Contrariamente a la imagen estereotipada de los gálatas en las fuentes antiguas (imprevisibles, codiciosos, ávidos de saqueo, desleales), un análisis minucioso de estas mismas fuentes demuestra que desempeñaron un papel destacado en la escena política internacional. Incluso después de la muerte de los soberanos con los que habían concluido los primeros tratados de alianza, durante la primera década de su asentamiento en Asia Menor, siguieron respetando las cláusulas de estos tratados y ajustándose a las prácticas diplomáticas vigentes entre Estados. Así pues, es justo afirmar que la guerra entre los gálatas no fue el bandolerismo desproporcionado que los autores grecorromanos intentaron describir con tanto énfasis. Los estragos y saqueos que a veces causaban eran los habituales entre todos los ejércitos de la Antigüedad. Los tributos a los que sometieron a determinadas ciudades o reinos tampoco

eran un fenómeno exclusivo. Así, libraron guerras convencionales con mucha más frecuencia de lo que admiten las fuentes antiguas o, incluso, muchas de las modernas.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Baray, L. (2017): "Les mercenaires, auxiliaires et alliés celtes en Méditerranée orientale et en Asie Mineure", en Baray, L.: *De Carthage à Jéricho. Mythes et réalités du mercenariat celtique*. Bordeaux: Ausonius éditions, pp. 213-312.
- Grainger, J. D. (2020): *The Galatians. Celtic invaders of Greece and Asia Minor*. Barnley: Pen & Sword.
- Pérez Rubio, A. (2017): "Fabio Píctor y el doble de Breno", *Mélanges de l'École française de Rome*, 129, 2, pp. 373-398.
- Strobel, K. (1996): *Die Galater. Geschichte und Eigenart der keltischen Staatenbildung auf dem Boden des hellenistischen Kleinasien*. Berlin: Akademie Verlag.

≡ Bibliografía completa en www.despertaferro-ediciones.com

Luc Baray es director de investigación en el CNRS, miembro de la UMR 6298 ARTEHIS (Archéologie, Terre, Histoire, Sociétés) Université de Bourgogne. Especialista en la civilización celta, sus investigaciones actuales se centran en el mercenariado, el adiestramiento militar y la guerra entre los celtas.



Entre sus numerosas obras de referencia figuran *Sociétés celtiques et mercenaires (VIIe-1er siècle av. J.-C.)*. La terre, le pouvoir et les hommes (CNRS, 2016), *Celtes, Galates et Gaulois, mercenaires de l'Antiquité* (Picard, 2017), *Les Celtes d'Hannibal* (CNRS, 2019) y *Compagnonnage guerrier et clientèle en Gaule au 1er siècle av. J.-C.* (Lemme Édit, 2022).